

MODALIDADES DE LA SOBREPROTECCION

JERÓNIMO DE MORAGAS

Cualquier pedagogo con una regular experiencia podría aportarnos cifras extraordinariamente altas referentes a los problemas que el niño sobreprotegido plantea a la escuela. Lo mismo podrían hacer el pediatra y el paidopsiquiatra en cuanto a los problemas del niño sobreprotegido que descubren en su consulta. La realidad de la sobreprotección, como causa de inadaptación familiar, escolar y social, es demasiado evidente para que no intentemos sistematizar su estudio de manera que pueda conducirnos a soluciones válidas. No pretendo con este trabajo agotar los aspectos del tema; lo expongo tan sólo para llamar la atención sobre un punto de la problemática psicopedagógica que nos pueda conducir a buscar entre todas soluciones acertadas. En este momento ya me sentiría algo contento si acertara a exponer algo sobre las distintas modalidades de la sobreprotección, exposición que pudiera servirme a mí mismo o a otras personas para emprender investigaciones más dilatadas.

El desarrollo armónico del niño tan sólo es posible cuando se establece un equilibrio entre el afán de permanencia y el afán de progresión, que sirven de márgenes al camino de la existencia. Sin ser aquello que es él mismo, aquello que era ayer—afán de permanencia—; sin proyectarse hacia aquello que aún no es, pero

que ha de ser—afán de progresión—, el niño no puede crecer en tanto que persona. El afán de permanencia, la seguridad de vivir, de ser sostenido, queda vinculado en la madre, que para el niño representa un punto de partida. El afán de proyectar su propia sombra sobre el mundo que lo rodea, adaptándose a él y adaptando el mundo a su manera de ser, queda vinculado en el padre, que para el niño representa un ejemplo y un camino hacia el futuro.

Durante los primeros años de la existencia estos dos vínculos son los dos grandes elementos que contribuyen al desarrollo del niño. Cuando estos vínculos no pueden establecerse de una manera armónica, el niño se hunde en el anonadamiento y la neurosis. Un niño excesivamente proyectado hacia el futuro desde los primeros días, no podrá tomar empuje desde su necesario punto de partida, desde su permanencia en aquello que realmente es. Proyectarse hacia el futuro no es andar desprovisto de un bagaje, desprovisto de un presente ya vivido y sentido como pasado. Proyectarse hacia el futuro es caminar adelante llevando dentro aquello que se es a cada momento. Un exceso de proyecto imposibilita ser aquello que se debe ser en el momento presente.

Un exceso de permanencia a través de la protección también imposibilita la armonía para el crecimiento normal. El exceso de protección equivale a un bagaje demasiado pesado para poder andar; representa quedar atado a una cuerda que imposibilita el avance. El niño excesivamente protegido no puede salir de aquello que era ayer, y ya no tendría que ser hoy, para poder llegar a aquello que tiene que ser mañana. La infancia sirve para consumir todo aquello que el hombre tiene de niño. El niño ha de poder ser a cada momento todo lo niño que le conviene ser, única manera de que cada vez lo sea un poco menos. Cuando recibe un exceso de protección, hipertrofiando su afán de permanencia, no puede dejar de ser lo que era ayer, y hoy ya no le conviene.

Desarrollar un hijo quiere decir conseguir por parte de los padres la armonía entre la permanencia y la progresión, entre la protección y la conducción. La madre que cesa demasiado tarde en su actitud protectora, el padre que comienza a conducir demasiado pronto, rompen la armonía, quiebran el equilibrio y malogran el camino de su hijo.

La primera posibilidad del exceso de protección consiste en la inversión de los papeles entre el padre y la madre, en el sen-

tido de que sea el padre el que protege y la madre la que conduce. Esto ocurre en los matrimonios realizados entre hombres débiles y mujeres fuertes. El ha buscado en ella el soporte para su debilidad; ella, para no perder su fortaleza, ha buscado en él aquel que no pueda hacerle sombra. Cuando el hijo llega, el padre exagera la protección hasta la ridicudez para que a su hijo no le pase lo que a él le pasó cuando era niño, y lo que le sigue ocurriendo ahora, que ya es mayor.

Una segunda posibilidad de exceso de protección consiste en que, habiéndose comenzado las cosas por el camino normal, el padre desaparezca súbitamente y la madre tenga que realizar entonces la función protectora y la función guiadora a la vez. Entonces, por miedo a dirigir mal la conducción—que tiende a realizar exageradamente—, exagera también la función protectora. De un lado, exige del hijo más de lo que puede exigirle; del otro lado, lo protege demasiado para que pueda realizar aquello que le exige.

Hay una modalidad de exceso de protección que tal vez sea la más difícil de comprender en un primer momento: la que ejerce la madre que no ha concebido el hijo en el amor, lo ha gestado con resentimiento y lo ha parido con enojo. Luego, cuando el hijo ya es una realidad, transfiere de una manera inconsciente toda su agresividad a una forma de protección excesiva, que equivale a un anonadamiento de la personalidad del hijo; o bien, de una manera inconsciente también, intenta atenuar su desprecio y su resentimiento con una hipertrofia de la actitud protectora, con lo que disimula ante sí misma su tendencia agresiva. Posiblemente se resistirá a admitir la posibilidad de esta actitud falsamente protectora quien no ha tenido la desgracia de encontrarse con mujeres de esta índole. Pero todos aquellos que en su tarea habitual se han inclinado hacia la vertiente psíquica de la humanidad, habrán podido observar esta terrible sobreprotección, fruto de un resentimiento, de una agresividad contra el hijo no deseado, tan numerosos, por desgracia, en aquellos sectores de la sociedad que quieren vivir la comodidad materialista.

Otra manera de establecer la sobreprotección es haciendo recaer todas las disponibilidades del afecto materno sobre un hijo único. Más allá de la protección que a este hijo le es necesaria, la madre ejerce sobre él toda la protección que hubieran necesitado otros hijos que no han venido. En este caso, los afectos no tan sólo se suman, sino que se multiplican, y la protección reviste una de sus formas más hipertróficas. La protección aún es

más acentuada cuando el hijo único no ha sido el único hijo engendrado, pero sí el único superviviente de una larga lista de hijos muertos en sus primeros tiempos. Esta sobreprotección aún empeora cuando el hijo único no es un hijo natural, sino un hijo adoptado no por amor hacia él, sino para disminuir la sensación del fracaso de la esterilidad o para satisfacer el egoísmo de tener un sucesor.

También la sobreprotección puede recaer sobre un hijo que ha sido engendrado con más amor que los otros, o que sintoniza más con la manera de ser del progenitor que lo sobreprotege, o porque coincide más que los otros hermanos con una imagen preconcebida del hijo ideal.

También la sobreprotección puede surgir de una circunstancia adversa al hijo: parálisis, debilidad orgánica, debilidad mental, enfermedades frecuentes. Entonces se le protege como hijo y como enfermo, y de la suma de las dos protecciones sale una sobreprotección desgraciada.

La sobreprotección del hijo puede ser el exponente de un anhelo de sobreprotección por parte de la madre. La mujer deseosa de una protección familiar que no alcanzó, deseosa de un afecto por parte de su marido que no ha conseguido, sobreprotege al hijo para que no le ocurra lo que le ocurrió o le está ocurriendo a ella, y así exagera la importancia del régimen dietético, aumenta piezas de abrigo, se anticipa en la adquisición de aparatos y juguetes que tal vez no sirvan nunca para un correcto entretenimiento de su hijo.

La sobreprotección puede comenzar ya el primer día, exagerando las medidas de una puericultura aprendida con avidez y con una adhesión excesiva a la letra muerta. La madre, por su cuenta, comienza anticipadamente el uso de las vitaminas, de las medidas profilácticas; el uso de las pomadas y de los termómetros. Establece un horario y un régimen dietético estricto, inelástico. Abriga al recién nacido de una manera excesiva. Lo somete a un ritmo de sueño y vigilia inquebrantables. Y, ante todo, su necesidad e ineludible presencia ante el niño la convierte en una sombra obsesionante, acongojante, que imposibilita al hijo cualquier otra visión, cualquier otro contacto que no sea el de ella misma.

Esta sobreprotección irá siguiendo a lo largo del desarrollo del niño, quien no podrá estar al aire libre, que sólo podrá salir a paseo dentro de una muralla de bufandas; que andará más tarde de lo que lo hubiera hecho por su cuenta, si no le hubieran controlado tanto sus movimientos; que alargará su balbuceo, por-

que su madre habrá adoptado ante él una manera de hablar insuficiente.

De esta sobreprotección surge el niño anoréxico, vomitador, insomne, inquieto, tardío en el lenguaje y en la adaptación social. Y a medida que el niño va creciendo en años, tal vez más que en estatura y entendimiento, la sobreprotección inicial irá complicándose con nuevas medidas, que dificultarán la progresión de su persona hacia el futuro. La madre sobreprotectora realizará casi todas las cosas que su hijo debiera realizar por su cuenta; le alcanzará las cosas para que no tenga que subirse a una silla; le dará antes de hora conocimientos que no le son necesarios, o le impedirá que alcance los que le son convenientes, por el miedo de que sepa cosas que ella cree que no ha de saber; le evitará las emociones, dificultando con ello la formación de sus sentimientos; le evitará los conflictos, dificultando la aparición de su voluntad. Incluso con el juego ejercerá su sobreprotección interviniendo en su elección, entrometiéndose en su ejecución e impidiendo aquellos que requieren movimientos y destrezas que podrían provocar acaloramientos susceptibles de convertirse en posteriores enfriamientos, supuestamente propicios a la enfermedad.

El niño sobreprotegido pasa una primera infancia cohibida, gris, más bien triste. Es un niño pálido, desnutrido o excesivamente gordo, porque la sobreprotección se acompaña de una sobrealimentación que adelgaza al que la convierte en trastornos digestivos y que engorda al que constitucionalmente la tolera. Es un niño que mira cómo los demás juegan; que tras los cristales de la ventana contempla, sin demasiada ilusión, el vuelo de las golondrinas y el jugueteo de las hojas movidas por el viento.

Pasada la primera infancia, y muy probablemente mucho más allá de la hora conveniente, entre madre e hijo va a producirse el gran drama de la primera asistencia a la escuela. Si el hijo aún no se ha rebelado contra la tiránica protección, si se ha adaptado temperamentalmente a la manera de su madre, la entrada a la escuela será para él como un cataclismo que le enfermará, le hará sufrir y que va a servir de pretexto para que la madre aumente la sobreprotección, encerrándole en casa a su lado. Cuando el hijo temperamentalmente no se ha adaptado a la manera de la madre, y más aún cuando se ha rebelado, la escuela también será para él un cataclismo, porque, tomándola como una liberación de su tortura, muy a menudo quedará privado de ella: o porque llueve,

o porque hace viento, o porque la madre ha oído por la calle unos ruidos sospechosos.

La llegada a la adolescencia, en vez de representar para la madre una indicación para disminuir su protección, será un motivo para exagerarla un poco más. Ahora la sobreprotección tomará la forma terrible de la tergiversación de la realidad, del falseamiento de la verdad, del uso de la mentira y del ejercicio de una vigilancia, a momentos ridícula y siempre inoportuna, de lo que no es preciso vigilar; vigilancia que se acompaña de la terrible impertinencia de romper el natural pudor que siente todo niño de mostrarse tal como es.

Cuando el niño no reacciona prontamente contra la sobreprotección, pasa por el peligro de fijar definitivamente su situación de anonadamiento, hundiéndose en la neurosis, y fracasando luego en la edad adulta, por no haber consumido durante la niñez todo el niño que llevaba dentro. Cuando la reacción se produce en el momento de la adolescencia, cae sobre la familia, sobre la sociedad entera, de una manera mucho más violenta, más agresiva, de lo que hubiera ocurrido de ser protegido tan sólo de una manera que no equivaliera a la anulación de su persona, de su afán de progresión, de su gusto por vivir tal como era y debía ser.

He aquí algo que debieran conocer aquellos que intervienen en la conducción de los futuros esposos, en el consejo de los matrimonios ya realizados, para conducir a los padres a la justa valoración de la función protectora y la función guiadora de los hijos. Un niño abandonado es un niño desdichado que aún le queda la posibilidad de salvarse por sí mismo; un niño sobreprotegido es muy posible que sea un ser hundido ya para toda su vida.

Una justa, recta y sensata pedagogía dentro de la familia es la medida más eficaz para prevenir multitud de perturbaciones. Si en cada hogar hubiera un sensato criterio en la orientación psicopedagógica, la labor del paidopsiquiatra quedaría reducida en gran manera, y para los que cultivamos esta disciplina no sería ninguna desdicha, porque con ello todos viviríamos en una humanidad mucho mejor.

JERÓNIMO DE MORAGAS